



Arquitectura

La arquitectura de Le Corbusier dialoga con Calder, Chillida o Sonia Delaunay

Una exposición en el convento de Santa María de la Tourette, muestra de la obra de madurez de Le Corbusier en la arquitectura, nos enseña los tapices de grandes artistas del siglo XX, como Eduardo Chillida o Sonia Delaunay.

Por Noelia Terrón-Laya, 22/12/2020



Santa María de la Tourette, cerca de Lyon, es un lugar en el que el recogimiento dialoga con el mundo, aunando religión y modernidad; Le Corbusier, ateo confeso, fue el arquitecto elegido por la comunidad dominica para su construcción a principios de los años 50, ya que, como declararon los monjes, “era necesario mostrar que la oración y la vida religiosa no están necesariamente ligados a formas convencionales, y que pueden coexistir con la arquitectura más vanguardista”. Así, el hormigón juega con la pendiente del terreno, y la sobriedad de los ángulos rectos y los pilares deja paso a pequeños toques de colores primarios, a los que siempre recurría el arquitecto. El resultado es tan rico que en 1986 los arquitectos franceses lo eligieron como la segunda obra contemporánea más importante, tras el Centro Pompidou de París de Renzo Piano y Richard Rogers.

El Mural Nómada

En ese espíritu de diálogo, el convento organiza exposiciones de arte contemporáneo, una por año desde 2009. "El Mural Nómada" trae, hasta finales de primavera, una magnífica selección de tapices que se adaptan a la perfección a los espacios del edificio: tapices que viven allí temporalmente, y que pierden su condición de obra expuesta para convertirse en elementos arquitectónicos de pleno derecho.



© FLC/ Jean-Phillippe Simard

Así concebía los tapices Le Corbusier, como un elemento más dentro del “arte total” de la arquitectura. En una carta dirigida a Oscar Niemeyer en 1959, Le Corbusier afirma: "He encontrado en el tapiz una apertura para canalizar parte de mis búsquedas sobre lo mural, donde mi vocación de pintor encuentra su alimento arquitectónico con pleno conocimiento de causa". Pero, además, la tapicería cuenta con una ventaja: es móvil. A diferencia de la pintura mural, que queda asociada indisolublemente al lugar en el que ha sido pintada, o de los grandes cuadros, el tapiz no hay más que descolgarlo y enrollarlo para su transporte. De ahí la idea de “mural nómada” como elemento útil en la composición arquitectónica, que nunca debe considerarse como una mera decoración: “jamás debe coronar un mueble, ni por su tamaño ni por su ubicación. No es un cuadro. El tapiz debe estar a la altura de los ojos, a la altura del hombre. Puede -y quizá debe- tocar el suelo”. Su trabajo en la ciudad india de Chandigarh muestra hasta qué punto la tapicería estuvo presente para el arquitecto como un elemento para reinventar el espacio.



© FLC/ Jean-Phillippe Simard

Además de tapices de Le Corbusier, la exposición recoge dos corrientes que se desarrollaron tras la segunda Guerra Mundial. La primera es la evolución de las fábricas nacionales de tapicería francesa (Gobelins, Beauvais, La Savonnerie), que desde su creación en el s. XVII han ido trabajando con artistas de renombre en cada época para crear sus piezas y que en el siglo XX colaboraron con Calder, Sonia Delaunay, Vassarely o Eduardo Chillida, presentes en la muestra.

La segunda corriente es la llamada “Nueva Tapicería”, surgida en los años 60, en la que los artistas incorporan técnicas tradicionales de América Latina o Europa del Este, materiales que hasta entonces no eran considerados como nobles, y una voluntad tridimensional en la manera de trabajar el tejido en volumen. La exposición incluye obras destacadas de este movimiento a cargo de Thomas Gleb, Olga de Amaral, Jagoda Buić, así como “Horas de llum i de foscor” de Josep Grau-Garriga, quien trabajó con Miró o Tàpies. En esta obra, el catalán teje algodón, seda, fibra sintética y prendas que pertenecieron a su familia, dando al arte de tejer un carácter subversivo, alejado de las reglas.

El resultado es una reinención del espacio del convento como un lugar habitado por las principales corrientes de la tapicería en el último medio siglo, modificando la arquitectura en un diálogo que habría sido muy del agrado de Le Corbusier.